

cedentes, me he encontrado con un cúmulo de dificultades tan invencibles, que creo lo mismo que el Sr. Baz, que es imposible su derogacion. Si se trata de hacerle alguna modificacion, aun cuando sea posible en virtud de las facultades extraordinarias, creo que en el estado en que se hallan las cosas con el clero, me parece ya imposible todo avenimiento y transaccion.

—Conque es decir, me dijo el Sr. Comonfort, que no tenemos recurso alguno?

—Así lo creo yo, le respondí, y ademas de mi enfermedad, este fué tambien el motivo que me obligó á renunciar.

—Y qué dice V. de la constitucion?

—Ya le he manifestado á V. mi modo de pensar: creo que no puede V. gobernar con ella, porque quizá tiene mas facultades el gefe de una oficina, que el gefe del ejecutivo. Si yo estuviese en lugar de V., renunciaria la Presidencia, porque de lo contrario, va V. á verse envuelto en dificultades, de que no sé cómo saldrá.

El general Zuloaga no habia hablado una palabra. Comonfort se dirigió á él.

—Y bien, compadre, ¿qué opina V.?

—Lo que yo puedo decir á V., respondió Zuloaga, es que he tenido que venir á vivir aquí, por cuidar mas de cerca á la brigada: los soldados están muy disgustados; y la verdad, les pue-

de mucho que no los entierren en sagrado, ni les den los auxilios espirituales á la hora de la muerte. Yo le puedo responder á V. de mí y de la mayor parte de los oficiales; pero temo que la noche ménos pensada, Miramon y Osollo nos hagan pronunciar á la tropa, porque no descansan, y vienen en persona hasta las cercanías del Arzobispado. De la constitucion digo lo mismo que los señores; que es imposible seguir con ella.

—Bien, dijo Comonfort levantándose, como aflijido y agoviado, mas con el peso de sus propias reflexiones, que con las muy triviales que le habiamos hecho: yo veo que tenemos encima una tormenta desecha, y que es preciso adoptar un camino; pero no basta conocer el mal: vamos á examinar con calma los elementos que tenemos. Verdad es que diariamente recibo multitud de cartas de los Estados, diciéndome que no se puede marchar con la constitucion; pero no vayamos á equivocarnos. Veamos: en primer lugar, es menester contar con Veracruz: este es el punto mas importante de la República, no solo por sus recursos, sino porque es una plaza fortificada, y cuenta con gente activa. No nos hagamos ilusiones: en Veracruz la mayor parte de las gentes son liberales. En segundo lugar, el interior: Doblado tiene una importancia que ustedes no se pueden ni aun figurar: ademas de que es un hombre activo y atrevido, y cuenta

con un pié de fuerza muy bien organizado, tiene la llave del interior, y por donde vaya Doblado, por ahí irán Zacatecas, Aguascalientes, y quizá Jalisco. En tercer lugar, el Distrito: la guardia nacional está en manos de los puros, y no es muy fácil que todos convengan en un cambio. Tenemos además que contar con Parrodi; pero, á juzgar por el sentido de sus cartas, será fácil que todo lo allanemos. Conque veamos cómo se pueden vencer estas dificultades.

—De Veracruz y de la guardia nacional del Distrito yo le respondo á V., dijo Baz, con tal de que la revolucion se haga, sin darle el triunfo absoluto al clero. Zamora y yo estuvimos juntos en Europa cuando nos desterró Santa-Anna, y creo que nadie como yo puede influir con él: conozco su carácter, y le sé el modo: en una palabra, yo iré personalmente á Veracruz, y todo lo allanaré; pero ustedes escribirán á Ramon Iglesias, á Ituarte y á otras personas. Llave puede tener sus dificultades; pero tambien creo que podré vencerlas.

—Pues es menester no equivocarse, dijo el Sr. Comonfort: sin Veracruz y sin Doblado no puede hacerse nada. Para Doblado el mas influente es D. Manuel Siliceo: yo le hablaré, y marchará á Guanajuato. ¿Y Huerta? Quién se encarga de Huerta?

—A Huerta me lo dejan á mí, dijo el general Zuloaga: me aprecia mucho, y estoy seguro de que escribiéndole yo, entrará por lo que hagamos.

—Para que hable con Parrodi, es conveniente que vaya D. Antonio García, y le imponga detenidamente del estado que guardamos. Creo que por ese lado no tendríamos dificultades, dijo el Presidente. Vamos, ¿y V. qué elementos tiene? continuó dirigiéndose á mí.

—Yo, en verdad, ningunos. Podré hablar á uno que otro gefe de guardia nacional, escribiré á Parrodi y á Moret, y sobre todo á Veracruz, que es donde tengo mas relaciones.

—Y qué me dice V. de la tropa, compadre? le preguntó al general Zuloaga.

—De la brigada puedo responder, y quizá de la de Echagaray tambien; pero todo eso lo creo muy fácil, porque la tropa no hará sino lo que V. quiera. Rojo y Menocal, que están en Morelia, aun cuando Huerta se opusiera, seguirian la suerte de sus compañeros.

—Y ¿cómo cree V. que recibirán los puros un cambio? preguntó Comonfort á Baz.

—Si es en sentido reaccionario, mal; pero si es un cambio de la manera que hemos indicado, creo que no lo recibirán mal. Yo no puedo responder del partido puro de toda la República, porque

sabe V. que no reconoce á gefe alguno; pero sí de los amigos que tengo en Méjico. A Del Rio no hay que decirle por ahora nada, sino mas adelante: á Miguel López y á otros gefes, nadie mejor que V. puede hablarles.

—Pues bien, dijo Comonfort, mis amigos me hablan contra la constitucion de 1857, y veo en esto conformes á los hombres de todos los partidos: así, no me empeño en sostenerla; pero es menester explorar la opinion de la nacion: si ella es contraria á la constitucion, no hay que imponérsela á fuerza; pero si los hombres influentes opinan que debe sostenerse, yo la sostendré á todo trance, ó, en último caso, presentaré mi renuncia al Congreso.

Despues de hablar de algunas otras cosas ya de menor importancia, quedó convenido, que el Sr. Baz marcharia á Veracruz; que yo escribiria al Sr. Parrodi, al general D. Tomas Moreno, que era comandante general de Tampico, y á los amigos de Veracruz; que Siliceo marcharia á Guanajuato, García á Jalisco y D. Alejo Barreiro á encontrar al general Echagaray. Zuloaga se encargó de escribir á Huerta, á Liceaga, á Moret y á algunos otros gefes. Quedó tambien convenido que yo continuaria en el Ministerio de Hacienda.

Cosa de las tres de la mañana, el Sr. Comonfort y el Sr. Baz se ciñeron sus *revolvers*, y se

volvieron á Méjico en el coche de palacio, admitiendo á muchas instancias unos cuantos dragones para que los escoltaran hasta la capital.

IV.

¿Qué juicio formarán los que lean el capítulo anterior, del origen singular de esta revolucion, y de las personas que, no teniendo quizá nada que desear, ni nada que apetecer en punto á cargos y distinciones públicas, se reunieron en el silencio de la noche á reformar el mundo, como suele decirse, y en sustancia á conspirar contra su propia tranquilidad, contra sus propios intereses, contra su propia vida, tal vez? Yo no lo sé: lo que puedo asegurar es, que así pasaron las cosas, y que puedo haberme equivocado en alguna que otra palabra, pero que la sustancia la he referido con cuanta fidelidad es posible á la memoria humana.

En esta ligereza aparente con que se dispo-